

LA FRUSTRANTE DICOTOMÍA DEL *NO QUERER SER* Y EL *QUERER SER*. APUNTES SOBRE LITERATURA E IDENTIDAD.

Jonathan León
Maestría en Literatura latinoamericana y del Caribe

Resumen

Dicho artículo supone plantear una disertación más sobre el cuestionado y analizado, pero siempre insuficiente tema de la identidad latinoamericana. Dicho análisis se realiza a partir de dos posturas centrales que sirven como bases para la disertación. La primera estriba sobre un sentimiento latinoamericano arraigado en lo que sería el: *no querer ser* y el segundo sentimiento se haya planteado en la desesperante situación del: *querer ser*. Dichas posturas son analizadas como posibles extremos de un comportamiento latinoamericano, y en la intención de tratar de visualizarlos se utilizan ejemplos tomados en su mayoría de la literatura universal. Al final se intenta ver que ambas posiciones se entrecruzan y se sintetizan al no ser analizadas y concebidas por el hombre latinoamericano desde la racionalidad, sino desde lo que nace dentro de sí como son los sentimientos y las pasiones.

Palabras clave: Identidad, literatura, intolerancia, cultura.

Abstract

This article plans one more dissertation about the argued and analyzed, but not always enough topic of latinoamerican identity. The analysis is made from two central positions which are the base for the dissertation. The first one is about a latinoamerican feeling rooted in the idea of: «don't want to be»; and the second one is related to exasperating situation of: «want to be». This positions are analyzed as the possible extremes of a latinoamerican behavior, and some universal literature examples are going to be used in order to visualize them. At the end, both positions are intermixed and synthesized because the latinoamericans don't analyze and understand them since the rationality, but since what is born inside as feelings and passions.

Key words: Identity, literature, intolerance, culture.

*Profesor de la Universidad de Los Andes-Núcleo Tachira. Investigador del Grupo de Investigación Literaria Latinoamericana y del Caribe ULA-Tachira. e-mail: jonathanleon66@hotmail.com.

Finalizado: San Cristobal Abril-2007 / Revisado: Marzo-2008 / Aceptado: Mayo-2008

América latina no existe. Creo que el sentirse ciudadano de un país entraña un acto de fe. En el sur nosotros nunca pensamos como latinoamericanos. En lo que hace a mí mismo me considero como un argentino no como un brasileño, un colombiano o a un uruguayo. No quiero decir que sea mejor ser argentino que brasileño que ser colombiano o uruguayo.

Creo que debemos reconocer el hecho de que nadie en la América latina se siente latinoamericano.

Jorge Luis Borges

I

La identidad Latinoamericana se podría plantear entre tantas maneras como la dicotomía planteada en el *no querer ser* y el *querer ser*. Un sencillo ejemplo tomado de la literatura universal, y un famoso personaje bíblico nos servirá para ilustrar la primera idea, el *no querer ser*.

El patito feo del escritor danés Hans Christian Andersen nos sirve como referente en dicho análisis, una de las posibles interpretaciones que se puede hacer del mismo, sirve para lograr dilucidar un poco lo identitario en Latinoamérica. La historia narra las desgracias de un pequeño cisne, que por esas fatalidades ininteligibles del destino termina por error en una camada de patos xenófobos, de la misma es excluido al ser claramente diferente a éstos, en consecuencia, el cisne (*patito feo*) termina aborreciendo parte de su naturaleza, le incomoda lo que es, su propia identidad se ha convertido en una molestia para él mismo.

La intolerancia de los otros patitos al no poder aceptar aquello que se muestra diferente a ellos, es ya de por sí todo un ejemplo ilustrativo y perfectamente pedagógico de la ausencia del sentimiento de la alteridad, no obstante, es nada en comparación con los niveles de intolerancia del propio cisne consigo mismo y lo que le ha correspondido *ser*, el cisne se convierte en negación identitaria, quizá más cruel y perjudicial que la de los propios patitos, carecer del valor para mirarse frente al espejo y visualizar su propio rostro, es un gesto de cobardía que implica frustraciones e inconformidad, lo que continúa del ya famoso cuento infantil no nos interesa ahora. El *no querer ser* queda perfectamente

reflejado en dicho cuento. He allí quizás un latinoamericano más, de esos tantos, que por breves instantes, ha pasado en su cabeza la idea de preguntarse y reprocharse a sí mismo sobre su condición identitaria, sobre lo que le ha correspondido ser y su relación desventajosa frente a otros individuos, recordemos que ciertos discursos norteamericanos y europeos han producido sobre el mismo latinoamericano una visión sierva de sí mismo.

Que no seamos capaces de aceptar la diferencia frente a nosotros ya es un grave problema, pero que no aceptemos lo que nos ha correspondido ser es aún peor, y pareciera ser esa una de las actitudes permanentes dentro de la identidad latinoamericana: el desprecio por sí mismo. No hace falta fijarse en mayores detalles, ni tener la memoria fotográfica del elefante para ver en las personas, sus actitudes, sus reproches, sus expresiones, los lugares que frecuentan, su modo de pensar, de conversar, de sentir, de comunicarse, sus gustos, entre otros... para entender sin mayores dificultades la aversión natural a lo nuestro y la idolatría permanente por el otro. Los espejos en los que podemos reflejarnos escasean en su totalidad, basta como trivial ejemplo encender nuestra televisión nacional, esa que se jacta de ser el reflejo nacional y del acervo cultural de nuestro país, para darnos cuenta como el espejo en el que podemos vernos allí es un espejo que refleja cualquier cultura menos la nuestra.

Hay otra narración de un célebre héroe bíblico que también tiene que ver con el *no querer ser*: Sansón. Sansón duodécimo juez de las tribus de Israel, hombre que al nacer estuvo marcado por los designios del hado, sufrió mucho más de lo que debía, por no querer aceptar desde un principio las misiones que le había impuesto Yahvé para con su vida y su pueblo. Renuente a lo largo de toda su vida para con su destino, aquel que se le había designado desde que naciera y del que no decide aceptar hasta el momento en que llevadas al extremo las situaciones y el sufrimiento de su pueblo decide actuar,

termina finalmente cumpliendo su misión cuando al acabar con los filisteos perpetua la vida de los israelitas y se inmortaliza al dejar huella, más que con su hazaña física, con su hazaña de valor y lucidez cuando arrepentido en medio de las columnas, logra por fin enfrentar sus miedos e inseguridad para abalanzarse de lleno hacia lo que debía *ser*, el hombre héroe, el héroe que venía a menguar el sufrimiento y las penas de su pueblo y su familia, el don con el que había vivido, alcanzaba su objetivo y su razón de ser. Este relato nos sirve de igual manera para ilustrar la idea del *no querer ser*.

Está claramente plasmado en ambos relatos, que la negación de nosotros mismos resulta ser un claro obstáculo para nuestras vidas, que el luchar tal cual salmón contra la corriente de nuestra propia naturaleza decanta finalmente en total desastre, ya que nuestra vida queda entorpecida y no logra cumplir sus acometidos sean cuales sean. Lo latinoamericano y su identidad tienen mucho que ver con estos relatos y lo que desde ellos se pretende decir.

El epígrafe de Borges claramente lo dice, nadie se siente latinoamericano en Latinoamérica y si algo de ella nos salpica, enseguida nos sacudimos. No nos sentimos cómodos con lo que somos, nos incomoda lo vernáculo, lo intrínseco de nosotros nos perturba, mirar al espejo de nuestras almas es perdernos en un abismo insondable y preferible es no mirar. Que se anteponga la paz sosegada a una vida de preguntas y perturbaciones, que continúe lejos aquello que dicen que yo soy, que así como estoy, estoy más tranquilo. Que me encandile el entorno con sus tentaciones, que me enajene y me pierda de ese algo que brota desde mí para agobiarme y perturbarme, porque acepto la paz que me ofrece la duda, a la incertidumbre que marca el camino de la búsqueda, prefiero descansar en la ignorancia que perderme en el laberinto de mi *ser*.

Los antiguos estoicos creían que entre una de las tantas virtudes que debía alcanzar

la humanidad para la tan ansiada felicidad era el hecho de la *aceptación*, el hombre desde su nacimiento ya es un ser inconforme, agobiado por el deseo insaciable y por tanto incapaz de aceptar lo que *es* o tiene. La identidad del latinoamericano vivifica tal afirmación, lo poco en lo cual se puede reflejar le incomoda.

El término *aceptación* resulta ser clave para entender lo latinoamericano, los héroes míticos aceptan su destino, de no aceptar, las dificultades crecen, y en Latinoamérica eso ha podido ser palpado, intereses y propuestas ajenas a nuestra realidad, impuestas desde otras latitudes, impuestas a lo que somos, han sido obstáculo de integración cultural, política, económica, social. El no tener ni siquiera claro que nos une como latinoamericanos y que nos desune, es un claro factor de debilidad aprovechable por lobos que se complacen en disfrazarse de ovejas.

Los estudios de identidad latinoamericana irónicamente están plagados de quienes no son precisamente latinoamericanos tal y como lo afirma Carlos García-Bedoya en su artículo *Los estudios culturales en debate: una mirada desde América Latina*, al comentar el libro de Mabel Moraña *Nuevas perspectivas desde/ sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*

[...] el propio título del libro alude a uno de los principales debates que atraviesa muchos de los ejes temáticos mencionados: los desencuentros entre las reflexiones surgidas desde la propia América Latina y aquéllas planteadas sobre América Latina desde los medios académicos del norte...

[...] por ello, no puedo dejar de señalar que, a pesar de una evidente voluntad de propiciar un diálogo intelectual más fluido entre el norte y el sur, el volumen se resiente de un cierto equilibrio: de un total de 37 contribuciones, 28 proceden del norte (de ellas 22 de Estados Unidos) y sólo 9 surgen desde América Latina (García y Bedoya, 2001:197).

Como parece ser obvio, muchos de esos modelos signados a la utópica dilucidación de nuestra cultura provienen de distantes horizontes ajenos a nuestras experiencias del día a día, cuando la experiencia nos dice que debe ser todo lo contrario, que todo estudio, todo conocimiento siempre habrá de ser visto y ajustado a la tríada: contexto, tiempo y culturas, *como todo lo que se basa en la experiencia humana, depende para su validez de coordenadas espacio-temporales determinadas. No hay verdades universales y absolutas. La verdad es siempre concreta y producto de un punto de vista, de una perspectiva individual* (Gracia y Jaksic, 1988:18).

Existe dentro de nosotros un sentimiento de desarraigo tan marcado, que imposible es ya saber quiénes somos, nos extraviarnos y ahora no nos conseguimos, esmerados esfuerzos por parte de la disminuida entelequia latinoamericana trata de hallar respuestas a ello, quizás es un problema más que académico, un asunto de sensibilidad colectiva, pérdida nuestra idiosincrasia a lo lejos del piélago en estos tiempos de incredulidad y cultura massmediática, *Un ciudadano, a quien la cotidianidad massmediática ha venido construyendo y configurando dentro de una «cultura light»* (Mora, 1996:14) *desvinculada de cualquier tipo de noción identitaria* (García Canclini, 1990:136).

II

El *querer ser*, el otro extremo en el cual podríamos decir se mueve lo latinoamericano. Ilustremos también esta idea a través de un cuento, pero ahora del guatemalteco Augusto Monterroso y titulado: La rana que quería ser una rana auténtica, y algunas de las situaciones que se desencadenan en la novela: El Reino de este Mundo, del escritor cubano Alejo Carpentier, en ambos textos recurrimos a las siempre infinitas posibilidades de ejemplificación de la literatura, para ver en ella de manera más jocosa, pero no por ende, menos seria, la

situación de la desesperante tarea del *querer ser*.

La rana que quería ser una rana auténtica

Había una vez una rana que quería ser una rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad. Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día y de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una Rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todas la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para que la consideraran una Rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se la comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena rana, que parecía a pollo (Monterroso, 1998:66).

El relato se presta para ciertas analogías parecidas con algunos latinoamericanos que mientras más se esmeran en ser auténticos latinoamericanos más se alejan de ello. Un buen ejemplo de esto es el que narra Octavio Paz en su libro *El Laberinto de la Soledad*, en el primer capítulo, *El Pachuco y otros extremos*, habla de los norteamericanos con ascendencia mexicana que viven en los Estados Unidos, éstos intentan tan desesperadamente destacar con lo que les diferencia como raza, que terminan convirtiéndose finalmente en otra cosa, y haciéndose inconscientemente de ellos, una

imagen tergiversada de lo que realmente son. Se tornan con matices extremos en territoriales, nacionalistas, se vuelcan al racismo, se hacen intolerables, siendo ésta una de las razones por las cuales terminan siendo desplazados por la propia sociedad norteamericana, *El «pachuco» se lanza al exterior, pero no para fundirse con lo que le rodea, sino para retarlo. Gesto suicida, pues el «pachuco» no afirma nada no defiende nada, excepto su exasperada voluntad de no-ser* (Paz, 1994:20).

Otro ejemplo, extraído igualmente de la literatura, es el que presenta de manera original Alejo Carpentier para demostrar en sus personajes de la novela: El Reino de este Mundo, los estragos del *querer ser*, pero un *querer ser*, que al igual que el de los *pachuchos*, carece de todo sustento y finalidad, para terminar así convirtiéndose en un objeto enajenado de sí mismo. El rey Henri Christophe de Haití, hombre negro, esclavo, vapuleado por la inclemencia del colonizador, rey que luchó al igual que la mayoría de los negros por la dignificación de su trato, por la libertad, la justicia... de pronto, al tomar éste el poder, todo se convierte a manera de maldición, en el nuevo comienzo de una pesadilla inacabable. Un nuevo tirano asume el poder, pero con la connotación de una humillación doble, pues ahora el verdugo, aquel quien asienta el látigo sobre la piel del esclavo negro, es quien hace poco clamaba justicia.

Henri Christophe estaba convencido que debía *ser*, hombre de mano dura para poder conducir a su pueblo, para *ser* el hombre que se suponía debía llegar a *ser*, lamentablemente su convicción de lo que debía *ser*, era el simple reflejo heredado del colonizador, un mal espejo que tomo el rey para vislumbrar su rostro.

Peor aún, puesto que había una infinita miseria en lo de verse apaleado por un negro, tan negro como uno, tan belfudo y pelicrespo, tan narizñato como uno; tan igual, tan mal nacido, tan marcado a hierro, posiblemente, como uno. Era como si en una misma casa los hijos

pegaran a los padres, el nieto a la abuela, las nueras a la madre que cocinaba (Carpentier, 2005: 83).

Cuando Henri Christophe castiga a su pueblo, a su sangre, no sólo los está castigando, está engañando a sus dioses, difamando a sus antepasados, pero sobre todo, se engaña a sí mismo que es negro, que fue esclavo igual que cualquier otro, que cambió sus dioses y creencias africanas, por los dioses traídos de Europa a estas tierras, de esta manera, a modo de maldición vodú, él que ha atentado contra ella, terminaría sus últimas horas recordándose el terrible sacrilegio cometido a sus dioses, y cómo la traición a sus antepasados se interpone de pronto como momento de profunda revelación:

Ahora comprendía que los verdaderos traidores a su causa, aquella noche, eran San Pedro con su llave, los capuchinos de San Francisco y el negro San Benito, con la Virgen de semblante oscuro y manto azul, y los Evangelistas, cuyos libros había hecho besar en cada juramento de fidelidad; los mártires todos, a los que mandaba encender cirios que contenían trece monedas de oro. Después de lanzar una mirada de ira a la cúpula blanca de la capilla, llena de imágenes que le volvían las espaldas, de signos que se habían pasado al enemigo, el rey pidió ropa limpia y perfumes (Carpentier, 2005:96).

Henri Christophe fue doblemente traidor a su raza, tanto que olvidó que a quienes imponía el yugo, eran a los mismos que los colonizadores nunca supieron entender, sus dioses y sus ritos se pudieron mantener siempre subrepticios a la razón del colonizador occidental por el menosprecio que les tuvieron, sin embargo, tanto caló el poder por sus venas que él mismo terminó olvidándose de sí mismo, queriéndose hacer el rey que soñaba, el hombre que siendo lo que debía *ser* traería buenas nuevas a su pueblo, se hizo un enemigo de sí y su pueblo.

Si un día fue esclavo, negro, afrentado, igual que a los que ahora humillaba, el rey comprendía de pronto que el verdadero

peligro de su hazaña, la amenaza azarosa de sus sueños, nunca fueron los colonos dispuestos siempre a reconquistar lo perdido, sino la traición a sus dioses, su tradición y su pueblo, es decir a sí mismo.

Henri Christophe volvió a pensar en la Ciudadela. *Ultima Ratio Regum*. Mas aquella fortaleza, única en el mundo, era demasiado basta para un hombre solo, y el monarca no había pensado nunca que un día pudiese verse solo. La sangre de toros que habían bebido aquellas paredes tan espesas era de recurso infalible contra las armas de blancos. Pero esa sangre jamás había sido dirigida contra los negros, que al gritar, muy cerca ya delante de los incendios en marcha, invocaban Poderes a los que se hacían sacrificios de sangre. Christophe el reformador, había querido ignorar el vodú, formando, a fustazos, una casta de señores católicos (Carpentier, 2005:96).

El propio Ti Noel, personaje principal en *El Reino de este Mundo*, al final, es presa de su pérdida de fe, hastiado del ser humano y sus inclemencias, se transforma voluntariamente en un ganso para incorporarse a una camada, recordó como uno de los héroes de la rebelión haitiana, el manco shaman Mackandal, poseía poderes licántropos con los que se le hacía fácil esconderse de sus captores. Es así que Ti Noel busca desesperadamente un nuevo refugio para volver a nacer, para *ser* alguien de nuevo, sin darse cuenta que lo que busca es toda una antítesis de sí mismo, el problema que se le presenta es que los gansos no lo reciben, lo aborrecen porque inmediatamente se dan cuenta que él no pertenece a su estirpe, otro más que pretendió ser lo que no era. *Ti Noel comprendió oscuramente que aquel repudio de los gansos era un castigo a su cobardía. Mackandal se había disfrazado de animal, durante años, para servir a los hombres, no para desertar del terreno de los hombres* (Carpentier, 2005:118).

Ti Noel debía aceptar lo que le había correspondido *ser*, no podía caer en el error

de Henri Christophe al olvidar quién era, olvidar que al revelarse contra su gente se revelaba contra sí mismo, por ello el castigo fue implacable, el desprecio de todos y de sí mismo, el *ser* que se encuentra perdido en el laberinto de los laberintos que es su propia conciencia.

Es cierto que existe una ambivalencia dentro del latinoamericano del *no querer serlo*, mas sin embargo, espontáneamente y sin mayores esfuerzos, ciertos aires de diferenciación emanan desde nosotros y nos hacen diferentes.

También el *querer ser* latinoamericanos no resulta fácil cuando vivimos en una sociedad proyectada hacia el pasado, con los ojos clavados en lo que pasó y pudo ser, miramos hacia atrás y encontramos un pasado erradicado por los colonizadores, somos eternos huérfanos preguntándonos de dónde venimos, la identidad latinoamericana siempre será una imagen imprecisa, los espejos para vernos, tal como decíamos apenas si existen, lo que afirma nuestra condición de alienación. Cuando vemos el rostro del otro para utilizarlo como espejo, lo que vemos son otras culturas reflejadas allí, por ello la gran proeza de encontrarnos aún queriéndolo, *querer ser*, se convierte en una aporía, se vuelve un camino laberíntico. En otras ocasiones nos iremos al otro extremo, hacia el de un futuro que siempre será incierto, lo que queremos *ser* y podremos *ser*, de esa manera el presente se desvanece y se vuelve una imagen difusa porque entre lo que no fuimos y queremos *ser*, permaneceremos en un limbo en nuestro estado presente. Algo como lo que poco más o menos relata Víctor Bravo en su libro *Terrores de Fin de Milenio*, cuando hablaba de los sentimientos de Angustia y Fe, quienes finalmente terminan colocando en una encrucijada de sentimientos e ideas, a la condición humana.

La vida se aferra en su ámbito, pero la muerte, inevitable, intransferible, impone, sobre aquella voluntad de permanencia, la condición de lo efímero. He allí una de las paradojas

centrales de la vida: no desea sino la preservación, y no se explica sino por el cerco del abismo que aparece para negarla en términos absolutos. Esas dos fuerzas que atraviesan la vida se manifiestan, respectivamente, por medio de la esperanza, y por medio de la angustia, y un arco pendular entre estos dos sentimientos se establece en el hombre que alcanza, aunque sea por un instante, la conciencia de su finitud (Bravo, 1999:17).

Es en hallar esa conciencia de finitud que crecen en el hombre sus temores, por no verse como ser inmortal que tendrá toda la vida para solucionar sus problemas, para llegar a ser quien quiere *ser* y no ha podido, la encrucijada del *no querer ser* y el *querer ser*, muestra similitudes con el sentimiento de angustia y fe descrito por Víctor Bravo (1999).

III

La identidad Latinoamericana no es fácil de entender, compleja e intrincada no parece querer develar sus misterios, su constitución barroca desde todo punto de vista: cultural, artístico, político, encubre toda una cultura del enigma. Tantos rasgos de originalidad en su haber acarrea términos de plena originalidad como el *Realismo Mágico* de un García Márquez y el *Realismo Maravilloso* de Alejo Carpentier, de origen literario y pictórico, que han alcanzado lo mejor de su difusión en Latinoamérica, y es que la realidad con la cual convivimos el día a día en nuestro continente no escapa de: lo *mágico* y lo *maravilloso*. Relata Carpentier con respecto al tema de lo Real Maravilloso, cómo surge su idea, es en el prólogo de *El Reino de este Mundo*, donde lo dice:

Para empezar, la sensación de lo maravilloso presupone una fe. Los que no creen en santos no pueden curarse con milagros de santos, ni los que no son Quijotes pueden meterse, en cuerpo, alma y bienes, en el mundo de Amadís de Gaula o Tirante el Blanco.

[...] Esto me hizo particularmente evidente durante mi permanencia en

Haití, al hallarme en contacto cotidiano con algo que podríamos llamar lo *real maravilloso*.

[...] Pero pensaba, además, que esa presencia y vigencia de lo *real maravilloso* no era un privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonías (Carpentier, 2005:12-13).

Basta con ver las cosas que se dicen o suceden para despertar abruptamente en una cultura sumergida en el caos, la ironía, las paradojas, la ficción, la verdad y la mentira deshechas es un mismo espacio, pero un espacio que se reconoce como nuestro y propio. El profesor y filósofo venezolano José Manuel Briceño Guerrero opina en su libro: *¿Qué es la filosofía?*, que muy dentro de nosotros, brota un ser propio del latinoamericano, menguado y humillado muchas veces, pero presente como una voz latente siempre resuelta a florecer:

[...] si esas oscuras fuerzas creadoras, que constituyen lo más auténtico de nuestro ser y que no han podido manifestarse sino negativamente, tuvieran libre campo de acción, fueran liberadas de la red de estructuras formales que las ocultan y las oprimen ¿a dónde conducirían? ¿qué nuevas formas generarían? ¿a qué cultura insospechada daría nacimiento? Es de imaginar entonces que pelearíamos combates íntima y auténticamente nuestros, con total compromiso, en ejercicio de nuestra originaria libertad, con la más genuina autonomía existencial (Briceño, 2002:49).

Las dos posiciones mencionadas a lo largo del ensayo son instantes que viven dentro del hombre latinoamericano, ninguna está en detrimento de la otra, son dos gritos que conviven sin imponer fronteras, uno de ellos por momentos desea arrancarse a cualquier precio lo que es parte de su esencia, porque desde la incertidumbre le es más fácil sobrellevar su existencia, otro apela a lo más íntimo de sí en aras de

hallarse, no siempre encontrando resultados óptimos, el hallazgo de sí mismo es todo un acto de profunda reflexión y trabajo, es el encuentro con el tesoro del Dorado que existe en cada quien.

Ninguna de estas posturas es consciente de sus actos, son irracionales porque nacen desde el sentir, la desesperación, la pasión exaltada y allí no cabe la razón como intermediaria, sólo son impulsos que motivan a actuar de una u otra manera. Lo dicho hasta aquí no sea más que un ejercicio de escritura que pretenda dar, no más que una idea nacida de la incertidumbre, que no sea esto tomado más allá de la divagaciones de un latinoamericano más.

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.

Antonio Machado

Gracia, J. y Jaksic (1988) *Filosofía e identidad cultural en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Monterroso, A. (1998) *La oveja negra y demás fábulas*. Barcelona: Compactos Anagrama.

Mora, P. (1996) *Los «sin patria»: ¿nueva organización mental de la nacionalidad?* Aldea Mundo, San Cristóbal: Centro de Estudios de Fronteras e Integración, ULA Táchira-FUNDACITE. Año 1 N° 2.

Paz, O. (1994) *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bibliografía:

Bravo, V. (1999) *Terrores de Fin de Milenio del orden de la utopía a las representaciones del caos*. Mérida: Ediciones El libro de arena

Briceño, J. (2002) *¿Qué es la filosofía ?*. 3ª ed. Mérida: Ediciones Puerta del Sol.

Carpentier, A. (2005) *El reino de este mundo*. Caracas: Fundación CELARG.

García, C. y Bedoya, M. (2001) *Los estudios culturales en debate: una mirada desde América Latina*. En Revista de crítica literaria latinoamericana, Año: XXVII, N° 54. Lima – Hanover.

García, N. (1989) *Culturas híbridas. Estrategias para salir y entrar de la modernidad*. México: Grijalbo.